

AUTOBIOGRAFÍA: ANTONIO CARRILERO

Quizá lo mejor que pueda ocurrirnos cuando queramos acercarnos a la esencia de La Mancha es no acordarnos del nombre de sus lugares como sucede en las aventuras del ingenioso hidalgo. Y no por querer omitir nombres como La Roda – cuna de Carrilero – desde donde la mancha austera puede cambiar de una hora para otra los añiles de su cielo o las pardas texturas de sus tierras. No. Hay que olvidar los nombres para que La Mancha no se nos quede pequeña, o simple de ver y de contar, aunque singular siempre. Porque ahora querría tener aquí entre nosotros, a Paco Fernández Ordóñez, si estuviera vivo, que buena falta nos hace, para discutirle eso que tiene escrito en un texto sobre Carrilero y que viene a decir que “en La Mancha las cosas son lo que parecen, exactamente lo que parecen”. No señor, pienso yo que precisamente porque a veces La Mancha no es lo que parece, la pintura de Carrilero es más manchega. Y digo más: porque la autenticidad del artista no está en la copia de la realidad sino en la realidad que crea, esa realidad es, en el caso de Carrilero, La Mancha, sus paisajes rurales o urbanos y sus gentes. Pero no La Mancha tópica y confortable del tarjetón postal, sino La Mancha adivinada, entrevista, penetrada o soñada por quien, como Carrilero, es capaz de ofrecernos, por ejemplo, el territorio sediento donde se rastrea la devoción por Benjamín Palencia, tanto en el tema como en el trazo, pero también un mundo árido y estremecedor que lo acerca a Ortega Muñoz, el extremeño. Y, por qué no, a veces parece pedir prestada una luz mediterránea que se posa sobre La Mancha al vecino Lozano, levantino. Y aparece entonces otra Mancha donde crecen los lirios con su altivez y las capas de los verdes diversos se enmaridan con el secarral o una hilera de chopos ofrece la intuición del río. O se yerguen los cipreses en una lejanía donde los cielos diversos de La Mancha son a veces diáfanos y otras entreverados de nubes o matizando la luz que presagia las tormentas.

Esta mancha que hemos visto primero en Carrilero, la hemos descubierto mucho más recientemente cruzándola en el tren de alta velocidad. Así son las cosas. Sin embargo, lo que más me interesa de Carrilero no es esa consonancia con La Mancha, vista y no vista, con o sin tren, porque estoy con Oscar Wilde en que lo esencial es el estilo y no la sinceridad. Lo que sucede es que la fidelidad a uno mismo, que en ocasiones, como le sucede a Carrilero, se expresa a través de un estilo – inserto en una tradición, pero propio – da como resultado lo que se llama sinceridad. Yo no sé si Antonio Carrilero pinta estas cosas porque siempre se está retratando a sí mismo, pero bien pudiera hacerlo si damos por bueno lo que dice Wilde: “Todo retrato pintado comprensivamente es un retrato del artista, no del modelo. Este no es más que el accidente, la ocasión. No es él a quien revela el pintor: sino éste el que, sobre el lienzo, se revela a sí mismo”. A lo mejor a los críticos de arte sólo les importa el trazo, el dominio del dibujo, la estructura del cuadro, qué se yo... Incluso quien lo hizo antes o después que Carrilero y quién lo hizo mejor. Pero yo que no escribo ahora al servicio de la historia del arte ni sobre las técnicas pictóricas me importa decir, desde la emoción que te ofrece la contemplación de una obra en su conjunto, que bien parece que haya pintores, como Carrilero, que lo que hacen es autobiografía y que cuando humanizan su paisaje no están haciendo otra cosa que contándonos su vida. Si tuviera razón Ortega, que no lo creo, no la iba a tener siempre, en aquello que dijo de que la deshumanización del arte estaba probada por el divorcio que existía entre el artista y su público, en casos como este no tendría nada que temer el filósofo español. El público de Carrilero está enamorado de él.

*Fernando G. Delgado
Premio Planeta 1995*